

 1 

—¡Esto no tiene gracia! —gritó su padre.

No, no la tiene, pensó Kylie Galen mientras abría la nevera en busca de algo para beber. De hecho, era tan poco divertido que querría poder hacerse un hueco entre la mostaza y los perritos calientes cubiertos de moho, cerrar la puerta y no oír las voces airadas que llegaban de la sala de estar.

Sus padres volvían a la carga.

No es que fuera a durar mucho más, pensó mientras la neblina helada de la nevera se filtraba por la puerta.

Había llegado el gran día.

A Kylie se le hizo un nudo en la garganta. Pero lo deshizo como pudo y se negó a llorar.

Iba a ser el peor día de su vida. Y no era el primero, últimamente había tenido bastantes días de mierda. La perseguía un acosador, Trey había roto con ella, y sus padres le habían dicho que se divorciaban. Sí, no podía ser peor. No era de extrañar que sus pesadillas hubieran vuelto con más fuerza que nunca.

—¿Qué has hecho con mi ropa interior? —el rugido de su padre entró en la cocina, se coló por la puerta de la nevera y rebotó contra los perritos calientes con moho.

¿Su ropa interior? Kylie apretó la fría lata de refresco contra su frente.

—¿Por qué iba yo a hacer algo con tu ropa interior? —preguntó su madre con su voz de me-eres-completamente-indiferente. Así era su madre, indiferente. Fría como el hielo.

Desde la ventana de la cocina, Kylie miró hacia el patio, donde había visto antes a su madre. Allí, un par de *slips* de su padre sobresalían de la parrilla humeante.

*Genial.* Su madre había asado en la barbacoa los calzoncillos de su padre. Toma ya. Kylie no volvería a comer nada más que se cocinara en aquella parrilla.

Luchando contra las lágrimas, dejó el refresco en la nevera, la cerró y fue hacia la puerta. Si la veían, tal vez dejarían de actuar como críos y permitirían que volviera a ser adolescente.

Su padre estaba en medio de la habitación, agarrando unos calzoncillos. Su madre, sentada en el sofá, bebía con calma una taza de té caliente.

—¡Necesitas ayuda psicológica! —le gritó su padre a su madre.

Diez puntos para papá, pensó Kylie. Su madre necesitaba ayuda. Entonces, ¿por qué era ella la que tenía que sentarse en el sofá de la psiquiatra dos tardes a la semana?

¿Por qué su padre, cuando todo el mundo decía que Kylie le llevaba por donde quería, iba a mudarse ese mismo día y dejarla atrás?

Kylie no lo culpaba por querer dejar a su madre, alias la Reina de Hielo. Pero, ¿por qué no se llevaba a Kylie con él? Se le formó otro nudo en la garganta.

Su padre se dio la vuelta y la vio, después salió disparado hacia el dormitorio, obviamente para recoger el resto de sus cosas, excepto la ropa interior, que en ese momento enviaba señales de humo desde la parrilla de la barbacoa.

Kylie se quedó allí, mirando a su madre, que estaba sentada ojeando papeles del trabajo como si fuera un día como cualquier otro.

Las fotografías enmarcadas de Kylie y su padre, que estaban colgadas en la pared de detrás del sofá, captaron su atención y las lágrimas amenazaron con aparecerle en los ojos. Las fotos eran de los viajes que padre e hija hacían todos los años.

—Tienes que hacer algo —suplicó Kylie.

—¿Algo como qué? —le preguntó su madre.

—Hacer que cambie de opinión. Dile que sientes haber medido sus calzoncillos en la barbacoa. —*Que sientes tener agua helada corriendo por tus venas*—. Me importa una mierda lo que hagas, pero no dejes que se vaya.

—No lo entiendes. —Y sin más, su madre, carente de toda emoción, volvió a centrar su atención en los papeles.

En ese momento, su padre cruzó la sala de estar con la maleta en la mano. Kylie fue tras él y lo siguió hasta la calle; allí le golpeó el calor sofocante de la tarde de Houston.

—Llévame contigo —le suplicó ella, sin importarle que la viera llorar. Tal vez las lágrimas podrían ayudar. Había existido una temporada en la que, si lloraba, él hacía todo lo que ella quería—. No como demasiado —dijo entre sollozos, intentando quitarle hierro al asunto.

Él negó con la cabeza, pero a diferencia de su madre, por lo menos en sus ojos había emoción.

—No lo entiendes.

*No lo entiendes.*

—¿Por qué siempre decís eso? Tengo dieciséis años. Si no lo entiendo, explicádmelo. Dime cuál es el gran secreto y acabemos de una vez.

Su padre bajó la mirada, como si estuviera en un examen y llevara escritas las respuestas en la punta de los zapatos. Suspirando, volvió a mirar a Kylie.

—Tu madre... Te necesita.

—¿Me necesita? ¿Es una broma? Ni siquiera me quiere. —Y *tú tampoco*. De repente lo comprendió y el aire se le congeló en los pulmones. Su padre no la quería.

Una lágrima se secó en la mejilla y fue entonces cuando volvió a verle. No a su padre, sino al tipo vestido de soldado, también conocido como su acosador particular. Estaba de pie, al otro lado de la calle, vestido con la misma indumentaria militar que le había visto otras veces. Parecía salido de una de esas películas

de la Guerra del Golfo que tanto le gustaban a su madre. Pero en vez de disparar a diestro y siniestro o acabar volando en pedazos, este tipo se quedaba de pie sin moverse, mirando a Kylie a los ojos con una mirada triste y escalofriante al mismo tiempo.

Hacía unas semanas que se había dado cuenta de que el tipo la acechaba. Él nunca había hablado con ella ni ella le había dirigido la palabra. Pero el día en que se lo señaló a su madre y ella no fue capaz de verlo... Bueno, ese día su mundo empezó a tambalearse. Su madre pensaba que se lo estaba inventando todo para llamar la atención, o aún peor. Con peor quería decir que Kylie podía estar perdiendo la noción de la realidad. Las pesadillas que la habían atormentado cuando era niña habían vuelto, más fuertes que nunca. Su madre dijo que un psiquiatra podría ayudarle a superarlas, pero ¿cómo iba a hacerlo si Kylie ni siquiera las recordaba? Sólo sabía que eran sueños horribles. Lo suficientemente malos como para despertarse gritando.

Kylie quería gritar. Quería gritarle a su padre que se diera la vuelta y mirara hacia allí, para demostrarle que no había perdido la razón. Si su padre veía al acosador, al menos podría dejar de ir al loquero. No era justo.

Pero la vida no es justa, algo que su madre le había recordado más de una vez.

Sin embargo, cuando Kylie volvió a mirar, se había ido. No el soldado, sino su padre. Se volvió hacia la entrada y lo vio encajando la maleta en el asiento trasero de su Mustang descapotable rojo. A su madre nunca le había gustado ese coche, pero a él le encantaba.

Kylie corrió hacia el coche.

—Voy a decirle a la abuela que hable con mamá. Ella sabrá cómo arreglarlo... —en cuanto las palabras salieron de sus labios, Kylie recordó el otro gran evento que había convertido su vida en un infierno.

Nunca más podría correr a los brazos de su abuela para que arreglara sus problemas. Porque su abuela había muerto.

Se había ido. El recuerdo del cuerpo frío de Nana en el ataúd inundó sus pensamientos y se le hizo otro nudo en la garganta.

La expresión de su padre pasó a ser de preocupación, la misma mirada que había llevado a Kylie al consultorio de una psiquiatra hacía tres semanas.

—Estoy bien. Me había olvidado. —Porque recordar duele demasiado. Una lágrima solitaria rodó por su mejilla.

Su padre se acercó y la abrazó. El abrazo duró más de lo normal, pero de todos modos terminó demasiado pronto. ¿Cómo iba a dejar que se fuera? ¿Y cómo iba él a atreverse a dejarla allí sola?

Aflojó los brazos y la alejó de él.

—Estoy a una llamada telefónica de distancia, mi niña.

Kylie se secó las lágrimas, odiando esa debilidad acuosa, mientras veía el descapotable rojo de su padre hacerse cada vez más pequeño calle abajo. Quería estar sola en su habitación y echó a correr hacia la casa. Entonces recordó al tipo del uniforme militar y volvió a mirar hacia el otro lado de la calle para ver si había desaparecido sin dejar rastro, como solía hacer.

No. Todavía estaba allí, mirando, acechando. Le daba grima y la hacía enfadar al mismo tiempo. Él era la razón por la que tenía que ir ver a una psiquiatra.

Entonces la señora Baker, su vecina casi centenaria, salió de su casa tambaleándose para coger el correo. Sonrió a Kylie, pero la antigua bibliotecaria no miró ni una sola vez al soldado, que estaba plantado frente a su jardín, incluso cuando pasó a menos de dos metros de él.

Raro.

Tan raro que un extraño escalofrío recorrió la columna de Kylie, el mismo tipo de frío que había sentido en el funeral de Nana.

¿Qué demonios estaba pasando?

Una hora más tarde, Kylie bajó las escaleras con la mochila y el bolso colgados del hombro.

Su madre la encontró en la puerta de entrada.

—¿Estás bien?

—¿Cómo iba a estar bien?

—Sobreviviré —respondió Kylie. Más de lo que podía decir de la abuela. En ese momento, Kylie recordó la sombra de ojos azul brillante que le habían puesto los de la funeraria. «¿Por qué no me quitáis esto?». Casi podía oír la voz de Nana diciéndole aquello.

Extrañada por ese pensamiento, se volvió hacia su madre.

Ésta se quedó mirando la mochila de Kylie y una arruga de preocupación apareció entre sus ojos.

—¿A dónde vas? —preguntó.

—Me dijiste que podía pasar la noche con Sara. ¿O estabas demasiado ocupada asando en la parrilla los calzoncillos de papá como para acordarte?

Su madre ignoró el comentario de los calzoncillos a la barbacoa.

—¿Y qué haréis Sara y tú esta noche?

—Mark Jameson ha organizado una fiesta de fin de curso. —No es que a Kylie le apeteciera celebrarlo. Gracias a que Trey pasaba de ella y al divorcio de sus padres, el verano estaba claramente destinado a acabar en el retrete. Y, a juzgar por cómo estaba saliendo todo, alguien iba a pasar por allí y tirar de la cadena.

—¿Sus padres estarán allí? —su madre levantó una ceja oscura.

Por dentro, Kylie se estremeció, pero físicamente ni parpadeó.

—¿No están siempre?

Bueno, sí, acababa de mentir. Kylie no solía ir a las fiestas de Mark Jameson precisamente porque no quería mentir a sus padres, pero ¡maldita sea! Mira lo que había conseguido portándose bien. Y se merecía pasar un buen rato, ¿no?

Además, ¿su madre no había mentido cuando su padre le preguntó por la ropa interior?

—¿Qué pasa si tienes otra pesadilla? —su madre le tocó el brazo.

Un roce rápido. Eso es todo lo que Kylie había recibido de ella últimamente. Ni abrazos largos como el que le había dado su padre, ni viajes de madre e hija. Tan sólo indiferencia y roces rápidos. Incluso cuando Nana, que era la madre de su madre, había muerto, no la había abrazado y, en ese momento, Kylie lo había necesitado de verdad. Pero había sido su padre quien la había estrechado entre sus brazos y ella le había dejado la americana pringada de rímel. Y ahora su padre y todas sus americanas estaban muy lejos.

Kylie suspiró y se aferró a su bolso.

—Le dije a Sara que puedo despertarme gritando como si me estuvieran matando. Ella me contestó que me clavaría una estaca de madera en el corazón y me haría volver a la cama.

—Tal vez deberíais esconder las estacas antes de irnos a dormir. —Su madre trató de sonreír.

—Lo haremos. —Por un segundo, a Kylie le preocupó dejarla sola justo el día en que su padre se había ido. Pero, ¿a quién quería engañar? Su madre estaría bien. Nada podía perturbar a la Reina de Hielo.

Antes de salir, Kylie se asomó por la ventana para asegurarse de que no sería asaltada por un tipo con ropa militar.

Cuando vio el patio libre de acosadores, salió corriendo por la puerta, esperando que la fiesta de aquella noche le ayudara a olvidar que su vida apestaba, y mucho.



—Toma. No tienes por qué bebértela, tan sólo sujétala en la mano. —Sara Jetton dejó una cerveza en las manos de Kylie y salió corriendo.

Compartía espacio vital con un mínimo de treinta personas más, todos embutidos en el salón de Mark Jameson y hablando a la vez. Kylie agarró la botella, que estaba muy fría, y miró a su alrededor. Reconoció a la mayoría, que eran compañeros del instituto. El timbre sonó otra vez. Obviamente, éste era el lugar en el que había que estar esta noche. Y parece ser que esa misma idea habían tenido todos los alumnos de secundaria de la zona. Jameson, un alumno de último año a cuyos padres nunca parecía importarles lo que hiciera, organizaba algunas de las fiestas más salvajes de la ciudad.

Diez minutos más tarde, con Sara todavía desaparecida en combate, la fiesta estaba en su mejor momento. Lástima que Kylie no se sintiera parte de ello. Frunció el ceño mirando la botella que tenía en la mano.

Alguien chocó contra ella, haciendo que la cerveza le salpicara en el pecho, justo en el escote en forma de uve de su blusa blanca.

—¡Mierda!

—¡Perdón!, lo siento mucho —dijo el que la había empujado.

Kylie miró a los ojos marrón claro de John y trató de sonreír. Ser amable con un chico mono que había estado preguntando por ella en el instituto hizo que tratar de sonreír fuera fácil. Pero el hecho de que John fuera amigo de Trey mantuvo la emoción bajo mínimos.

—No pasa nada —dijo Kylie.

—Voy a buscarte otra —contestó, y salió corriendo muy nervioso.

—¡De verdad, no hace falta! —gritó Kylie mientras John se alejaba, pero entre la música y las voces, no la oyó.



El timbre sonó una vez más. Algunos chicos se movieron para dejar paso y Kylie vio la puerta. En concreto vio a Trey entrando a la fiesta. A su lado, o debería decir pegada a él, iba pavoneándose su nueva novia pendona.

—Genial.

Kylie se giró bruscamente, deseando poder teletransportarse a Tahití, o incluso mejor, de vuelta a casa, sobre todo si su padre estuviera allí.

A través de una ventana trasera, vio a Sara en el patio y Kylie se lanzó a su encuentro.

Sara levantó la vista. Debió de leer el pánico en su rostro, porque fue corriendo hacia ella.

—¿Qué ha pasado?

—Trey y su nuevo juguetito están aquí.

Sara frunció el ceño.

—¿Y qué? Estás genial. Ve a tontear con algunos chicos y a hacer que se arrepienta.

Kylie puso los ojos en blanco.

—No quiero quedarme aquí y ver a Trey y como-se-llame enrollándose.

—¿Se estaban liando ya? —preguntó Sara.

—Todavía no, pero dale una cerveza a Trey y lo único en lo que pensará es en meterse en las bragas de una tía. Lo sé porque yo era la chica de las bragas.

—Cálmate. —Sara señaló a la mesa—. Gary ha traído tequila para hacer margaritas. Tómate uno y te sentirás mejor.

Kylie se mordió el labio para no gritar que no se sentiría mejor. Parecía llevar «mi vida apesta» escrito en la frente.

—Oye —Sara le dio un codazo—, las dos sabemos que lo único que tienes que hacer para que Trey vuelva a ti es llevártelo arriba. Todavía está loco por ti. Me lo he encontrado al salir de clase y me ha preguntado qué tal estabas.

—¿Sabías que iba a venir? —la certeza de la traición empezó a resquebrajar la poca cordura que le quedaba.

—Me dijo que no estaba seguro. ¡Pero relájate!

¿Relajarse? Kylie se quedó mirando a su mejor amiga y se dio cuenta de lo mucho que habían cambiado las cosas en los últimos seis meses. No era tan sólo la obsesión de Sara con salir de fiesta o el hecho de que hubiera perdido la virginidad. Bueno, tal vez sí que eran precisamente esas dos cosas, pero parecía haber algo más.

Por otro lado, Kylie tenía la sospecha de que Sara quería con demasiado ahínco que ella se uniera a las filas de las no-virgenes-que-se-van-de-fiesta. Pero ¿qué podía hacer si la cerveza sabía a meado de perro? ¿O si el sexo no le llamaba?

Bueno, eso no era cierto, el sexo la atraía. Cuando ella y Trey se estaban liando, Kylie se había sentido tentada, muy tentada, a hacerlo, pero entonces se acordaba de la conversación con Sara sobre cómo la primera vez tenía que ser especial.

Entonces recordó cómo Sara había cedido a «las necesidades» de Brad —Brad, que era el amor de su vida— y, sin embargo, dos semanas después de ceder, ese gran amor la había dejado. ¿Qué había de especial en eso?

Desde entonces, Sara había salido con otros cuatro chicos, y se había acostado con dos de ellos. Y había dejado de hablar del sexo como si fuera algo especial.

—Mira, sé que estás preocupada por lo de tus padres —dijo Sara—, pero es precisamente por eso por lo que tienes que dejarte llevar y pasártelo bien un rato. —Sara se colocó un largo mechón castaño detrás de la oreja—. Te voy a traer un margarita, ya verás, te va a encantar.

Sara salió corriendo hacia la mesa en la que había un grupo de gente. Kylie empezó a seguirla, pero su mirada se encontró con la del tipo vestido de soldado. Tenía una pinta aterradoramente extraña, como siempre. Estaba de pie junto al grupo de bebedores de margaritas.

Kylie miró alrededor, dispuesta a salir corriendo, pero fue a chocarse directamente contra el pecho de un tío, y tuvo la mala

suerte de que otro chorro de cerveza fría saltara de la botella y fuera a caer justo entre sus tetas.

—¡Genial! Mis tetas van a oler como una fábrica de cerveza.

—El sueño de cualquier tío —dijo una voz ronca y masculina—, pero lo siento.

Reconoció la voz de Trey antes de oler su aroma único o de ver sus anchos hombros. Preparándose para el dolor que le provocaría verlo, levantó la mirada.

—No importa, John ya lo ha hecho antes.

Trató de no mirar cómo el cabello castaño claro de Trey caía sobre su frente, o la forma en que sus ojos verdes parecían atraerla hacia él, o cómo su boca la tentaba a inclinarse y presionar sus labios contra los de él.

—Así que es cierto —frunció el ceño.

—¿El qué? —preguntó Kylie.

—Que tú y John os habéis liado.

Por un momento, Kylie consideró la opción de mentir. La idea de hacerle daño le parecía atractiva. Pero le recordaba a los juegos estúpidos con los que sus padres habían estado chinchándose últimamente. Oh, no, ella no pensaba rebajarse a su nivel de «adulto».

—No me he liado con nadie. —Dio la vuelta para irse.

Él la retuvo. Su contacto, la sensación de aquella mano cálida en su brazo, envió ondas de dolor directas al corazón. Y al tenerlo tan cerca de ella, el aroma limpio y masculino de Trey le llenaba las fosas nasales. Oh, Dios, le encantaba su olor.

—Me enteré de lo de tu abuela —dijo—. Y Sara me ha dicho que tus padres se separan. Lo siento mucho, Kylie.

Las lágrimas amenazaban con asomar por sus ojos. Kylie estuvo a punto de dejarse caer contra su pecho cálido y pedirle que la abrazara. No había nada mejor en el mundo que los brazos de Trey en torno a ella, pero entonces vio a la chica, el juguetito de Trey, salir al patio con dos cervezas en la mano. En menos de cinco minutos, Trey estaría intentando meterse en sus

bragas. Y algo en la blusa superescotada y la falda demasiado corta que llevaba la chica le decían que él no tendría que esforzarse mucho.

—Gracias —murmuró Kylie y fue a reunirse con Sara. Por suerte, el soldado había decidido que los margaritas no eran lo suyo y se había ido.

—Aquí tienes. —Sara cogió la cerveza de Kylie y la cambió por un margarita.

La copa estaba helada. Kylie se inclinó y susurró a Sara.

—¿Has visto a un tipo raro por aquí hace un minuto? ¿Vestido con ropa militar un poco pasada de moda?

Sara hizo un movimiento ondulante con las cejas.

—¿Cuánta cerveza te has bebido? —su risa llenó el aire de la noche.

Kylie apretó con más fuerza el frío cristal, empezaba a preocuparle seriamente la posibilidad de estar perdiendo la cabeza. Y añadirle alcohol a la situación no le parecía una buena idea.

Una hora más tarde, cuando tres policías de Houston entraron en el patio trasero y les hicieron ponerse a todos en fila, Kylie aún tenía el mismo margarita entre sus dedos.

—Vamos, chicos —dijo uno de los policías—. Cuanto antes os traslademos a comisaría, antes podremos llamar a vuestros padres para que vengan a buscaros. —En ese momento, Kylie supo a ciencia cierta que habían tirado su vida al inodoro y alguien acababa de tirar de la cadena.



—¿Dónde está papá? —preguntó Kylie cuando su madre se acercó a ella en la comisaría—. Llamé a papá.

*Estoy a una llamada de distancia, mi niña.* ¿No le había dicho eso? Así que, ¿por qué no estaba allí para recoger a su pequeña?

Los ojos verdes de su madre se estrecharon.

—Me llamó él.

—Quería que viniera papá —insistió Kylie. No, más bien necesitaba que viniera su padre, pensó, y las lágrimas le nublaron la vista. Necesitaba un abrazo, necesitaba a alguien que la entendiera.

—No siempre se consigue lo que se quiere, sobre todo cuando... Dios mío, Kylie, ¿cómo has podido hacer algo así?

Kylie se secó las lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

—Yo no he hecho nada. ¿No te lo han dicho? He caminado en línea recta, me he tocado la punta de la nariz e incluso he dicho el abecedario al revés. No he hecho nada malo.

—Han encontrado drogas —replicó su madre.

—Yo no estaba tomando drogas.

—¿Pero sabes lo que no han encontrado, señorita? —su madre la amenazó con el índice—. A los padres. Me has mentido.

—Quizás me parezco demasiado a ti —dijo Kylie, todavía aturdida ante la idea de que su padre no hubiera aparecido. Él sabía lo mal que lo estaba pasando. ¿Por qué no había venido?

—¿Qué quieres decir, Kylie?

—Le dijiste a papá que no sabías dónde estaba su ropa interior. Pero acababas de asar sus calzoncillos en la parrilla.

Los ojos de su madre se llenaron de culpa y negó con la cabeza.

—La doctora Day tiene razón.

—¿Qué tiene que ver mi loquera con lo que ha pasado esta noche? —preguntó Kylie—. No me digas que la has llamado. Dios, mamá, si te atreves a traerla aquí, delante de todos mis amigos...

—No, no está aquí. Pero no se trata sólo de esta noche. —Su madre cogió aire—. No puedo hacer esto yo sola.

—¿Hacer qué tú sola? —preguntó Kylie y tuvo un mal presentimiento.

—Voy a apuntarte a un campamento de verano.

—¿Qué campamento de verano? —Kylie estrechó el bolso contra su pecho—. No, no quiero ir a ningún campamento.

—No se trata de lo que quieres. —Su madre guió a Kylie hasta la puerta—. Se trata de lo que necesitas. Es un campamento para adolescentes con problemas.

—¿Problemas? ¿Te has vuelto loca? Yo no tengo ningún problema —insistió Kylie. Bueno, nada que un campamento pudiera arreglar. De alguna manera sospechaba que ir de campamento no traería a su padre de vuelta, no haría desaparecer al tipo del uniforme y no le devolvería el afecto de Trey.

—¿Que no tienes problemas? ¿En serio? ¿Y por qué estoy casi a medianoche en la comisaría recogiendo a mi hija de dieciséis años? Vas a ir al campamento. Te apunto mañana. Y no es negociable.

*No voy a ir.* Se repetía una y otra vez mientras salían de la comisaría.

Su madre podría estar como una cabra, pero su padre no lo estaba. Él no permitiría que la enviara a un campamento lleno de delincuentes juveniles. No lo haría.

¿Verdad?